

135.—RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO ¹.

PRELUDIO 1.º Llegado el tercer día después de su muerte, salió el alma de Cristo del limbo, acompañada de las almas rescatadas; fué al sepulcro donde estaba su cuerpo, y entrando en él, lo resucitó y glorificó.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús saliendo del sepulcro glorificado.

PRELUDIO 3.º Pide viva fe de la resurrección de Jesús y la gracia de resucitar espiritualmente con Él.

Punto 1.º *Jesús resucitó al amanecer del tercer día después de muerto.*—Llegado el tercer día después de la Pasión, que era el domingo, al amanecer, el alma de Jesús salió del limbo con los coros de almas justas que había rescatado, y se fué derechamente al sepulcro donde estaba su cuerpo. Considera aquí la causa de haber Cristo nuestro Señor apresurado su resurrección; porque, habiendo dicho que estaría en el corazón de la tierra tres días y tres noches ², como Jonás en el vientre de la ballena, abrevió este tiempo todo lo posible, salva la verdad de su palabra, contentándose con tomar de los tres días alguna parte, y ésta bien pequeña, que fué la del viernes y la mañana del domingo. Esto hizo movido de su infinita caridad, por socorrer con presteza á los discípulos que estaban en las tinieblas de la infidelidad, y por acudir al consuelo de su afligida Madre y de todos sus amigos, y por alumbrar y alegrar al mundo con la gloria de su cuerpo, como había alumbrado y alegrado al limbo con la de su alma. Pondera luego cómo quiso Jesús que su muerte fuese á la tarde, al ponerse el sol, y su resurrección á la mañana, cuando quería salir, para significar que moría por nuestros pecados, con los cuales nos privamos de la luz celestial y del resplandor de la divina gracia, y resucitaba, como dice el Apóstol ³, por nuestra justificación, para restituirnos la vida de la misma gracia y con ella el gozo, según lo que dice David ⁴: «Á la tarde habrá llanto, y á la mañana alegría». Contempla cuán grande sería la alegría de aquella alma dichosa, saliendo del limbo con tan gloriosa compañía, triunfando del infierno, y dejándole despojado de la presa que tenía. ¡Qué cantares de gloria entonarían! ¡Con qué regocijo le acompañarían todos aquellos escuadrones de ángeles y almas rescatadas! ¡Oh alma felicísima de Jesús! Decid con júbilo lo que el santo patriarca Jacob que os acompaña ⁵: «Con sólo mi báculo pasé por este Jordán, y ahora vuelvo con dos compañías. Vos con sólo el báculo de la cruz, y sin tener quien os ayudase, pasasteis por el mundo, y ahora volvéis con dos compañías de justos de las dos leyes, na-

¹ Esta meditación y las siete siguientes se harán sin interrupción durante la octava de Pascua.—² Matth., xii, 40.—³ Rom., iv, 25.—⁴ Psalm. xxxix, 6.—⁵ Gen., xxxii, 10.

tural y escrita. Sea para bien, Señor, tan gloriosa compañía; honraos con tan abundantes despojos, y concededme que pueda yo también formar parte de ellos. Deseamos, en verdad, acompañar á Jesús en la resurrección; pero ¿le imitamos en la vida virtuosa?

Punto 2.º *Dispuesto ya el cuerpo convenientemente, entró en él el alma, glorificándole.*—Luego que el alma de Jesús llegó al sepulcro, mostró á su gloriosa comitiva la triste y horrible figura de su cuerpo, para que viesen cuán caro le había costado su rescate; y cuando aquellas benditas almas vieron el cuerpo tendido en el sepulcro, todo acardenalado y descoyuntado, herido de pies á cabeza, y agujereado por tantas partes, alabarían de nuevo á su Libertador, y le darían inmensas gracias por la libertad que les dió tan á costa suya. Considera cómo al punto Jesús con su omnipotencia, y quizá por ministerio de los ángeles, recogió toda la sangre que había derramado; para lo cual algunos ángeles partirían al huerto, otros al pretorio de Pilatos, otros al Calvario, y con gran reverencia tomarían la sangre que en tales sitios había el Señor vertido, y la volverían á su cuerpo, para llenar las venas, que habían quedado vacías del todo. Hecho esto, entró aquella beatísima alma en su cuerpo, y con su entrada le trocó y transfiguró mucho más excelentemente que en el monte Tabor; desnudóle de las mortajas en que estaba envuelto; limpióle de la mirra con que estaba ungido; quitóle todas las fealdades y manchas que tenía, y comunicóle para siempre las cuatro dotes de gloria, claridad, impasibilidad, sutileza y agilidad, quedando mil veces más resplandeciente que el sol: cada parte era como un sol de inmenso resplandor, y particularmente las cinco llagas arrojaban rayos de admirable brillantez, y las heridas de la corona de espinas formaban como una corona de luz graciosísima que adornaba su sagrada cabeza. ¡Oh qué gozo recibió aquella benditísima alma, uniéndose de nuevo con su cuerpo! Y ¡cuán alegre quedó aquel cuerpo, viéndose adornado con tan soberanas dotes! ¡Oh Rey de la gloria! ¡Cuán hermoso salís otra vez al mundo, renovado en vuestro traje, para vivir nueva vida, toda llena de grandeza! ¿No nos alegramos de la gloria de Jesús? ¿No aspiramos á participar de ella? Gózome, Señor, de este vuestro nuevo nacimiento, no menos admirable que el primero; en aquél salisteis como nuevo hombre, libre de culpas, pero sujeto á penas; en éste salís todo renovado, libre también de toda pena y coronado de grande gloria. Ahora sí que podremos decir á boca llena que hemos visto vuestra gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad ¹.

Punto 3.º *Adoraciones que recibe Jesús resucitado.*—Con-

¹ Joan., i, 14.

sidera cómo, resucitando Jesucristo, por ordenación de su Eterno Padre, bajaron las jerarquías y coros de los ángeles á darle el parabién y á celebrar la fiesta de su glorioso triunfo; porque si vino el ejército de la milicia del cielo á celebrar la fiesta de su nacimiento cuando entraba en el mundo á vivir vida mortal, ¿cuánto más se ha de creer que vendría en su resurrección, cuando comenzaba la vida inmortal, y no venía á pelear, sino á triunfar por la victoria? Así lo da á entender el Apóstol san Pablo¹, al decir que cuando Dios introdujo otra vez á su Primogénito en el mundo, dijo: «Adórenle todos sus ángeles». Este día es cuando por segunda vez le introdujo en el mundo y le adoraron todos sus ángeles como á su Dios y supremo Señor. Renovarían aquel cántico del nacimiento: «Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad», y con mucha razón; porque toda esta obra fué de grande gloria para Dios y de grande paz para los hombres; pues por ella quedaron pacificados con Dios, y sus enemigos destruidos; por lo cual bien podemos entonar aquello del salmo², que la Iglesia repite tantas veces en estos días: «Este es el día que hizo el Señor; ¡alegrémonos y regocijémonos en él!» ¡Oh Padre Eterno! Gracias os doy por el cuidado que tenéis de glorificar á vuestro Hijo, cumpliendo la palabra que le disteis, diciendo: «Yo te he clarificado y te clarificaré más». Gózome, Salvador mío, de que vuestros ángeles os adoren, y yo con ellos os adoro y glorifico en este día, que todo es vuestro y nada mío; porque todo lo que en él hicisteis pertenece á la grandeza de vuestra divinidad, y no á la bajeza de mi humanidad. ¿En qué circunstancias y de qué modo hemos dado pruebas de este gozo espiritual?

Epílogo y coloquios. Apenas amanecido el tercer día después de la Pasión del Señor, y viendo su alma santísima desde el limbo que estaba ya cumplida la profecía, resuelve no diferir por más tiempo la resurrección. Su encendida caridad no consiente que la Virgen continúe un momento más sumida en la soledad más espantosa, y los discípulos en el más peligroso desamparo. Vuela á consolar á la una, á remediar á los otros, y á alegrar al mundo. Acompañada el alma beatísima de Jesús de la cautividad que había rescatado, sale del seno de Abraham, se dirige al sepulcro, presenta á la vista de todos sus cautivos á su cuerpo destrozado, manda á los ángeles que recojan toda la sangre que ha perdido, y cuando las venas y arterias quedan llenas como antes, penetra de nuevo en aquel cuerpo divino, parándole en un instante más resplandeciente y bello que el sol, más blanco que la nieve, y glorioso sobre todas las criaturas; y usando al mismo tiempo de sus preciosas dotes, sale del sepulcro sin quitar la losa que lo cubre. ¡Oh ángeles del cielo! Venid vo-

¹ Hebr., 1, 6. — ² Psalm., cxvii, 24. — ³ Joan., xii, 28.

lando á adorar á vuestro Dios y Señor: entonad en su alabanza himnos de júbilo: cantad al Señor, que tan gloriosa y completamente ha triunfado de sus enemigos. Y nosotros, ¿no tomamos parte en esta universal alegría? ¿Qué hijo no se regocija en la exaltación de su padre? Que se asusten sus enemigos, como los guardas del sepulcro, se comprende. Pero si nosotros deseamos la gloria de Jesús, y participar algún día de su felicidad, hemos de alegrarnos y proponer firmemente seguirle en las humillaciones, y tendremos parte en su exaltación; para esto examinemos cómo y en qué cosas hemos de reformarnos, y pidamos gracia á Jesús resucitado, y roguémosle hoy que renueve al mundo y remedie todos los males que nos afligen.

136.—APARICIÓN DE JESUCRISTO Á MARÍA SANTÍSIMA.

PRELUDIO 1.º Queriendo Jesús resucitado mostrarse á los hombres, la primera persona á quien se apareció fué á su Madre Santísima.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús resucitado y glorioso apareciéndose á su Madre é inundándola de gozo.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar á la Virgen y de hacernos dignos de que el Señor se nos muestre espiritualmente.

Punto 1.º Manifestación de la resurrección de Jesús.— Considera cómo, habiendo resucitado Jesús, quiso manifestar al mundo su resurrección gloriosa, para que muchos gozasen el fruto de ella. Esta manifestación trazó realizarla por tres vías distintas, á saber: por medio de algunos santos resucitados con Él, los cuales, como dice san Mateo¹, vinieron á la ciudad de Jerusalén y aparecieron á muchos, sin duda para predicarles que Jesús crucificado era el Salvador del mundo. Por medio de los ángeles, los cuales manifestaron su resurrección á las devotas mujeres, dándolas nuevas de ella y mostrándolas el sepulcro. Finalmente, por sí mismo quiso mostrarse á sus amigos para descubrir más la grandeza de su caridad. Por lo cual, aunque en resucitando debía subirse al cielo empíreo, por ser el lugar propio de los cuerpos gloriosos, quiso quedarse en el mundo algunos días, y, como buen pastor, recoger su ganado, sin fiar esto de otro, consolando á sus discípulos y enseñándoles muchas cosas del reino del cielo, y mostrándoseles glorioso, para que, como testigos, pudiesen predicar su resurrección. Pondera en esto representados los tres modos de que se vale Dios para manifestarnos sus misterios y para consolarnos y enseñarnos. Uno es por medio de hombres espirituales y experimentados, que, habiendo resucitado con Cristo, con santo celo enseñan á otros, para gloria de Dios, lo que ellos saben. Otro por medio de los

¹ Matth., xxvii, 53.

ángeles, los cuales, con secretas ilustraciones, nos alumbran, consuelan y enseñan. Y otro por sí mismo, hablándonos al corazón y dándonos interiores testimonios de su divina presencia, lo cual hace con los más queridos discípulos, en cumplimiento de la palabra que dijo ¹: «El que me ama, será amado de mi Padre, y Yo le amaré y manifestaré á Mí mismo». ¡Oh Amado mío! Si tal recompensa dais al que os ama y tan grande bien le concedéis, yo quiero amaros con todo mi corazón, espíritu y fuerzas. Desde hoy quiero decir como la Esposa: «Mi amado para mí, y yo para mi amado». Descubridme, Señor, vuestras soberanas grandezas, é ilustradme con vuestra luz, para que me encienda más cada día en vuestro amor. ¿Cómo se nos manifiesta Jesucristo? ¿Agradecemos el favor singular que en esto nos hace?

Punto 2.º Aparición de Jesús á su Madre.—Aquí has de considerar cómo la primera visita ó aparición que quiso hacer Jesús fué á su Madre Santísima, la cual estaba grandemente afligida por su Pasión, aunque con viva fe y esperanza de su resurrección; y como vió que ya entraba el tercer día, puesta en una alta contemplación, con grandes ansias y suspiros pediría á su Hijo que apresurase su venida. Estando ella con estos deseos, entró de repente Cristo nuestro Señor, acompañado de aquellos tres lucidísimos ejércitos que tenía consigo, de ángeles, almas y cuerpos glorificados, y manifestósele con toda la gloria y claridad que tenía, confortando su vista, así del cuerpo como del alma, para que pudiese verle y gozarle. ¡Oh qué contenta y glorificada quedaría la Virgen con tan gloriosa vista! ¡Oh qué dulces coloquios tendrían entre sí tal Hijo con tal Madre! ¡Cómo se regalaría la Virgen mirando y besando aquellas preciosísimas llagas de Jesús, de las cuales sacaría copiosísimos arroyos de consuelo, así como antes los había sacado de desconsuelo! Pondera luego cómo aquella ilustre compañía de almas que con Jesús iban, darían á la Virgen el parabién por haber sido escogida por Madre de su Libertador, y le agradecerían el trabajo que había puesto en la obra de su redención; y los ángeles solemnizarían esta fiesta con alguna música celestial á gloria del Hijo y de la Madre. Finalmente, después que Jesús estuvo gran rato con su Madre, manifestándola grandes secretos y descubriéndola sus adorables designios, se despidió de ella, dejándola inundada de consuelo; mas la Virgen, con gran silencio, calló este favor, como había ocultado otros muy señalados. ¡Oh Reina del cielo! Alegraos, aleluya; porque el que trajisteis en vuestro seno, aleluya, ha resucitado, como dijo, aleluya; rogad por nosotros, aleluya; haciéndonos participantes de la eterna aleluya que se canta en las plazas de la celestial Jerusalén. ¿Nos alegramos del favor que recibe la Virgen? ¿Queremos participar de él? ¿Sabe-

¹ Joan., xix, 21.

mos guardar con secreto las gracias que el Señor nos concede?

Punto 3.º Un ángel revela á unas devotas mujeres la resurrección de Jesús.—En este mismo tiempo, un ángel del Señor manifestó á María Magdalena, María Jacobi y á otras piadosas mujeres la resurrección de Jesús ¹. Considera acerca de esto las virtudes con que estas devotas mujeres se dispusieron para merecer la revelación del ángel. Primeramente, fueron muy obedientes á la ley, porque con tener gran deseo de unguir el cuerpo de Jesús, no quisieron hacerlo en la fiesta por no ir contra el precepto; enseñándonos que por título de piedad no se ha de faltar á la obediencia. Luego fueron muy diligentes, porque antes que amaneciese, siendo aún de noche, emprendieron el camino para ir al sepulcro, despreciando los temores que generalmente suelen asaltar á las personas de su sexo. Tuvieron también gran confianza y perseverancia en su propósito, porque, aunque recordaron que la piedra que cerraba el sepulcro era tal que ellas no la podrían quitar, con todo, prosiguieron su camino, confiando en el Señor que las ayudaría para llevar á cabo su piadoso intento. Pondera luego cómo, llegando estas piadosas discípulas de Jesús al sepulcro, hallaron que la piedra estaba quitada, y entrando con gran temor, vieron á un ángel sentado sobre ella, el cual les dijo: «No temáis. ¿Buscáis á Jesús Nazareno crucificado? Ya ha resucitado, no está aquí; venid y ved el lugar donde le habían puesto». Que fué decir: Que teman los guardas que custodiaban el sepulcro, es muy justo, porque son malos; mas vosotras no temáis, ni os congojéis, porque vengo á daros buenas nuevas de la resurrección del Señor á quien buscáis. ¡Oh afortunadas discípulas de Jesús! Muy bien os ha pagado el Señor vuestra obediencia, diligencia y confianza, descubriéndoos el secreto que ninguno de los discípulos conocía. Por estas excelentes virtudes os suplico me alcancéis del Señor tal fervor, que siempre os imite en la práctica de ellas y merezca la dicha que por ellas merecisteis. ¿Lo hemos hecho así hasta el presente? ¿Somos, como estas distinguidas mujeres, obedientes, diligentes y perseverantes en el bien obrar?

Epílogo y coloquios. ¡Oh amorosa Providencia de Jesús! Resucitado y glorioso, era muy natural que el Señor abandonase esta tierra de llanto y este mundo corruptible, y se trasladase al cielo, que era su propia morada. Empero, quedábanle ministerios muy sublimes, cuya ejecución no quería confiar á otro. Para esto permanece en el mundo por algún tiempo y da público testimonio de su resurrección, ya por medio de algunos muertos que con Él han resucitado, ya por los ángeles sus ministros celestiales, ya por sí mismo. La primera visita que hace después de resucitado es á su Madre Santísima, á la cual se presenta, des-

¹ Matth., xxviii, 1.

pués que esta Señora con vivas ansias había suspirado por su vista. ¡Qué júbilo inundaría en aquel momento al corazón de María! ¡Qué comunicación de afectos tan tiernos y cariñosos embargarían aquellos dos corazones! ¿Qué diría María á Jesús? ¿Qué diría este Señor á su Madre? Y ¿qué la dirían aquellas innumerables almas que venían acompañando á su Redentor? Entretanto, mientras esto pasaba en el aposento de María, un ángel del Señor se encarga de recompensar la obediencia, diligencia, confianza y perseverancia de la Magdalena y otras devotas mujeres. Revélales el misterio que se acaba de obrar. Dale las pruebas más convincentes de la verdad, y ellas creen firmemente, y sólo piensan en regresar á Jerusalén á dar cuenta á Pedro y demás discípulos de las maravillas que han visto. ¿No despierta todo esto nuestra fe? ¿No enciende en nuestro corazón vivos deseos de amar á Jesús y de buscar y procurar su gloria? ¿No nos estimula á practicar las virtudes que nos disponen para recibir los dones del cielo? Pensémoslo, propongámoslo con eficacia, y pidámoslo con fervor por nosotros y por el mundo entero.

137.—APARICIÓN DE JESÚS Á LA MAGDALENA.

PRELUDIO 1.º Perseverando la Magdalena en buscar á Jesús, se la apareció disfrazado de hortelano; y compadecido de las ansias de aquella fervorosa discípula, se le descubrió.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús presentándose á la Magdalena y llamándola por su nombre.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar el fervor de la Magdalena en buscar á Cristo y su encendida caridad.

Punto 1.º *Fervorosas ansias con que la Magdalena buscaba á Jesús.*—Considera aquí las grandes ansias y vivos deseos con que la Magdalena deseaba hallar el cuerpo de su divino Maestro. Porque, habiéndose vuelto sus compañeras luego que oyeron el anuncio de los ángeles, ella se quedó sola fuera del monumento, en pie y llorando, inclinándose de vez en cuando á mirar en él para ver si hallaba la segunda vez lo que no halló la primera. Pondera cómo estos deseos de la Magdalena, aunque se fundaban en poca fe de la resurrección, fueron muy gratos al Señor, porque procedían de un amor vehemente que no sufre estar sin la compañía del amado; iban acompañados de cuidadosa solicitud en buscarle, por lo cual, ni se sentó junto al sepulcro, ni se volvió como las otras mujeres, sino que, estando en pie, asomábase repetidas veces para ver si estaba equivocada, pensando que los sentidos la engañaban, no descubriendo en el fondo del sepulcro al que todavía se hallaba en él; fueron perseverantes, no bastando para saciarlos ni el dicho de los ángeles ni el ejemplo de sus compañeras, que habían regresado á la ciudad, ni el de los apóstoles Pedro y Juan, que se volvieron luego que vieron el sepulcro vacío;

mas ella permaneció constante junto al monumento, hasta que alcanzó ver al que tanto deseaba; por fin: fueron muy devotos y iernos, como lo prueban las abundantes lágrimas que derramaba, sin que pudiese secarlas otro que el mismo Cristo. Estos deseos vehementes, solícitos, perseverantes y devotos has de procurar tú con grande cuidado, si deseas inclinar en tu favor la divina misericordia. Y si lloras, que sean tus lágrimas como las de la Magdalena; de dolor por haber perdido voluntariamente á Jesús por la culpa, ó de pena por haberse Él ausentado de ti y haberte dejado en tinieblas sin culpa tuya. ¡Oh Dios mío! Si mis pecados os han obligado á separaros de mí y os han quitado de donde estabais, quitadlos de mí por vuestra infinita misericordia, para que podáis volver á vuestro lugar y permanecer en él para siempre. ¡Oh alma que lloras la ausencia de Jesús! Imita el fervor de la Magdalena, si quieres recobrar tu tesoro; examina si son tus deseos como los suyos, y si perseveras con dolor en buscar á Jesús.

Punto 2.º *Aparición de Jesús á la Magdalena en la forma de hortelano.*—Compadecido Jesús de las lágrimas de su fervorosa discípula, determinó consolarla y cumplirla sus deseos. Para esto se le apareció, no poniéndosele delante como en otras apariciones, sino á la espalda, haciendo algún ruido para que ella volviese la cabeza y le viese. Así busca el Señor á las almas que le tienen vueltas las espaldas y no le conocen; pero, á poco se va introduciendo, y disponiéndolas hasta que del todo las hace suyas. Mas, aunque la Magdalena vió á Jesús, no le conoció, porque estaba disfrazado. Es que por su corta fe no merecía verle todavía con claridad; y esta poca fe es causa de que, estando Dios en todo lugar, no le reverencies, y estando Jesús en el Santísimo Sacramento, no le respetes ni trates como cosa presente. ¡Oh, cuán necesario es que crezcas cada día en esta virtud, fundamento de la santidad y origen de los mayores favores que el Señor hace á los hombres! Considera luego, cómo viendo la Magdalena á Jesús, creyendo que era el hortelano, le dijo: «Señor, si tú le llevaste, dime dónde le pusiste, y yo le traeré». ¡Oh, qué caridad y amor tan encendido muestra la Magdalena en estas breves palabras! ¡Cuán bien se declaran las propiedades de la encendida caridad! Porque esta virtud, cuando se ha apoderado del alma, de tal modo la saca de sí, que no piensa sino en su Amado, y cree que todos piensan en Él: la caridad, para obsequiar al Amado, no reconoce dificultades ni halla imposibles, porque cree que todo lo podrá con los auxilios de Él: la caridad induce al amante á que se humille á toda humana criatura, en razón de servir á su Amado. Así la Magdalena, en esta ocasión, se humilla al que tenía por hortelano, llamándole señor; se ofrece á llevar el cuerpo de Cristo de dondequiera que esté, sin temor á los guardas, y sin acordarse de sus pocas fuerzas, y cree, por fin, que aquel

que tiene por hortelano piensa como ella, por lo que sólo dice: «Si tú le llevaste». ¡Oh Rey eterno! Entradme en la bodega de vuestros vinos como entrasteis á esta esclarecida sierva vuestra, y ordenad en mí la caridad; dadme tal amor, que me olvide del todo de mí para pensar sólo en Vos, que me humille á toda humana criatura, y que no halle dificultad alguna tratándose de serviros. ¿Imitamos nosotros la fervorosa caridad de la Magdalena? ¿Nos disponemos, avivando la fe, para recibir los favores del cielo?

Punto 3.º *Manifestación de Jesús á la Magdalena.*—Viendo Jesús el fervor, lágrimas y ofrecimientos de la Magdalena, descubriósele, llamándola por su propio nombre con el tono que solía, diciendo: «María»; y al punto ella le reconoció, y respondió: «Maestro mío». En lo cual has de considerar primeramente la omnipotencia de Cristo, llena de dulzura y suavidad, pues con una sola palabra trocó de repente el corazón de esta devota sierva suya, y desterrando de ella la tristeza, la colmó de incomparable alegría; entonces ilustró su entendimiento con nueva luz, disipando todas las tinieblas de infidelidad que le obscurecían, y encendió su voluntad con nuevo fuego de amor para que amase como Dios vivo al que amaba como hombre muerto. ¡Oh poder infinito de Jesús! ¿Quién desconfiará viendo las maravillosas obras que hacéis? Pondera luego cómo la Magdalena, en oyendo á Jesús que la llamaba por su propio nombre, arrebatada de amor, le contestó con el nombre que solía, diciendo: «Maestro mío». Cuando hablaba con los ángeles le llamaba Señor, en señal de reverencia; ahora que habla con Él mismo, llámale con nombre de reverencia y amor juntamente, Maestro mío, porque acababa de sentir en su alma los efectos de su divino magisterio. Finalmente: has de ponderar cómo, deseando la Magdalena besar á Jesús los pies, no se lo permitió, parte para que conociese la reverencia con que en lo sucesivo le había de tratar por ser ya glorificado, parte para manifestarle la imperfección de la fe que tenía; porque, así como no se le manifestó de golpe, sino poco á poco, así tampoco quiso hacerle todos los favores de una vez, sino paulatinamente. De todo lo cual has de sacar afectos grandes de confianza en el Señor, de profunda reverencia y de vivos deseos de aumentar la fe, con la cual te dispongas para recibir las gracias del cielo. ¿Qué sientes acerca de estas virtudes? ¿Tienes firme confianza en el poder de Jesús? ¿Le tratas con humilde reverencia? ¡Oh Maestro soberano! Vos, que tan en breve enseñasteis tantas grandezas á esta fervorosa discípula vuestra, ilustrad mi entendimiento, para que os conozca, y, conociéndoos, os ame como ella os amó.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán vehementes, cuán solícitos, cuán perseverantes y fervorosos fueron los deseos que tuvo la Magdalena de ver el cuerpo de Cristo, que creía que había sido

robado del sepulcro! Nada puede calmarla ni enjugar sus lágrimas. Ni la vista de los ángeles, ni la partida de las otras mujeres para la ciudad. Allí queda ella sola, en pie, ansiosa por descubrir en alguna parte el tesoro que le habían quitado, según le hacía sospechar su poca fe. Sin embargo, unos deseos tan vivos, unas lágrimas tan ardientes, no podían menos de conmover el corazón del divino Maestro. Se le aparece, pero por la espalda y en traje desconocido, fingiendo una voz que no era la suya; todo esto era con objeto de ir disponiendo y preparando á la Magdalena para el favor que iba á dispensarle. La cual, al verle, teniéndole por el hortelano, ruégale que le muestre dónde está el cuerpo de su Maestro, que ella lo traerá á su lugar. ¡Cuánto puede el amor! En verdad es fuerte como la muerte; nada teme, en nada repara, con tal que redunde en obsequio de la persona amada. Jesús está ya satisfecho de las pruebas por las que ha pasado la Magdalena, y resuelve hacerle el más singular favor, antes que á ninguno de sus discípulos: llámala por su propio nombre y con su acostumbrada voz; y María, como si resucitase de muerte á vida, responde: «Maestro mío», arrojándose al instante á sus pies, donde solía permanecer para escuchar su doctrina. Todo esto, ¿qué dice á nuestro corazón? ¿Qué fe es la nuestra? ¿Con qué deseos buscamos á Jesús? ¿Con qué fervor suspiramos por Él? ¡Ah! Si Jesús no se nos manifiesta en la oración y en otros ejercicios santos, á nuestra tibieza hemos de atribuirlo. Miremos, pues, qué resoluciones nos interesa hacer para desterrarla de nuestro corazón, y, conociendo nuestra inconstancia, oremos con espíritu, fervor y vivos deseos de alcanzar lo que necesitamos para nosotros y para nuestros prójimos.

138.—APARICIÓN DE JESÚS Á SAN PEDRO.

PRELUDIO 1.º Oídas las mujeres, aunque los discípulos no las creyeron, Pedro y Juan fueron al sepulcro, y cerciorados del suceso, regresaron á la ciudad, y meditando Pedro sobre lo que había visto, aparecióle Jesús.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús, que se aparece á san Pedro.

PRELUDIO 3.º Píde la gracia de la fe y la diligencia en instruirte en ella.

Punto 1.º *Incredulidad de los discípulos.*—Considera primeramente la incredulidad de los Apóstoles y discípulos del Señor. Porque, llegando las mujeres al lugar donde estaban, tristes y llorosos, y dándoles cuenta de lo que habían visto, no las creyeron; antes tomaron sus palabras como desvaríos y sueños mujeriles; y aunque la Magdalena les dijo que le había visto, tampoco la creyeron¹. Pondera sobre esto cuán dificultoso es el acto de fe que nos levanta á creer alguna cosa contraria á lo que he-

¹ Luc., xxiv, 11; Marc., xvi, 11.